



MERCADO DE TORRIJOS (MADRID)

Un día cualquiera

JORGE HIERRO

Mariano se despertó sin hacer ruido. Era sábado y tenía que hacer bastantes cosas por la mañana, pero antes se preparó el desayuno y dio de comer a su perro. El Mercado de Torrijos le esperaba. Todos los sábados acudía para hacer la compra para el resto de la semana y, de paso, se tomaba un aperitivo en el bar de la esquina. Vivía en la calle Goya, cerca de todas partes. No necesitaba coche y siempre iba caminando a todos los sitios. Después del fallecimiento de su esposa se encontraba muy solo y sus hijos, que ya eran mayores, habían emprendido sus respectivas vidas lejos del hogar familiar. “Y es que las cosas ya no eran como antes”, pensó Mariano mientras salía de su domicilio. Pablo y Alberto ya tenían su propia familia, sus propias preocupaciones y responsabilidades, y a veces ocuparse de propio padre les resultaba molesto. Vivían a las afueras de Madrid, en los nuevos barrios periféricos.

Lechuga, tomates, verdura, algo de fruta y un poco de pescado fueron sus compras. El dinero que le daba la pensión le permitía algún capricho de vez en cuando, por lo que optó por comprar una botella de vino en la bodega de más arriba. Le gustaba la gente que acudía al mercado. Amas de casa, jubilados, niños que respetan a sus padres y acuden obedientes para comprar los encargos, jóvenes parejas, eran analizados en la retina de Mariano, que se fijaba en su forma de hablar, en los vestidos, en todo aquello que fuese perceptible por el ojo humano. Le gustaba observar a la gente acurrucado en una esquina. El movimiento, las voces, le alejaban de la soledad y ahora que su esposa se había marchado eran como un divertimento en su vida, una necesidad vital.



Los vendedores le conocían de sobra. Paco, el pescadero, era uno de sus mejores amigos. El fútbol y los toros eran los temas escogidos, aunque siempre quedaba tiempo para la política. Conservador de ideas y defensor del viejo régimen, Mariano sostenía que antes se vivía mejor en España y que el libertinaje se había impuesto en la sociedad. La pérdida de los valores y el egoísmo centraban sus discursos. Paco nunca le reprochaba nada de lo que decía, aunque siempre matizaba las cosas y no entraba en disputas, sólo asentía como un buen interlocutor. Defensor del socialismo, pasaba por alto las afrentas de Mariano.

—Fíjate en los jóvenes de hoy en día. Piensan en ellos mismos, salen de juerga, beben y fuman, y carecen, en muchas ocasiones, de respeto. No sé Paco, pero vamos de mal en peor. Antes había conciencia, unidad y solidaridad. Han cambiado mucho las cosas.

—Es lo que es Mariano, esto es lo que les hemos dado. Nos portamos demasiado bien y hemos consentido muchas cosas, pero en el fondo les damos todo lo que nos piden. Ya sabes, a un hijo no le niegas nada.

—Pero ¿lo agradecen? ¿crees que realmente les importa? ¿qué lo piensan a caso? Deberían ocuparse más del bienestar de sus padres—. Mariano estaba dolido. Sus hijos ya no le ayudaban de la misma manera que antes y eso se notaba. Veía las cosas de forma muy diferente con respecto a unos quince años atrás, cuando deseaba que éstos se marcharan y emprendiesen su propio camino.

—Bueno, no te preocupes tanto. Gozas de buena salud— le decía Paco para animarle.

Madrid había cambiado mucho. Coches modernos, el metro que llegaba a todos los sitios, los servicios municipales de atención al ciudadano, era una ciudad irreconocible. Después de la postguerra se había educado bajo el síndrome del sufrimiento y el desarrollo se había impuesto de tal manera que ya no sabía como afrontar los problemas de la vida. Rapidez y agresividad era lo que veía a su alrededor.

Después de comer decidió echarse en la cama. Las siestas le relajaban y le hacían pasar el tiempo. Hoy jugaba el Real Madrid, su equipo de toda la vida y no se lo quería perder. Quedaban pocas jornadas y la liga estaba interesante. La televisión era su mejor aliada, ya que cada vez eran menos las llamadas que recibía de sus familiares y amigos del pasado. Con el tiempo muchos habían fallecido, otros se marcharon y mudaron de casa y los demás pasaron por su vida sin dejar rastro. “Así son las cosas” repetía Mariano todos los días.

En su juventud destacó en todos los deportes. Llegó a ser el portero del Real Madrid en las categorías inferiores, pero una lesión de rodilla le impidió continuar. Sus estudios de derecho le permitieron encontrar trabajos de alto nivel. Nunca le faltó de nada, aunque siempre aspiraba a todo, por lo que no consiguió la felicidad deseada. Sus reflexiones giraban en torno a sí había merecido la pena todo el esfuerzo que realizó en su juventud. Viajes, casas de lujo, hijos, una mujer a la que quiso hasta la muerte..., todo era motivo de análisis. Era de los que pensaba que “a lo hecho, trecho”, pero ¿y si hubiese optado por otro camino? Las dudas le tenían entretenido.

El fin de semana pasó y el Real Madrid, su equipo, había vuelto a ganar. Ya era lunes y tenía que empezar a moverse. A sus 65 años

todavía conservaba una agradable figura. Siempre había sido más alto que la media y tenía los ojos claros. Marta, la que fue su mujer durante 35 años, siempre le reconocía que sus ojos fueron lo que la conquistó. Antes de conocerla, Mariano estuvo con muchas otras mujeres y hubo una que le importó más que todas. De nombre Blanca, era dos años menor que él y se conocieron en el barrio. Era ella hija de militares y en los 50 ambos cursaban el bachiller y se preparaban para el ingreso en la universidad. Fue su primer amor y durante muchos años después, incluso estando casado, la consideró la única mujer por la que hubiese dado todo. Blanca marchó a estudiar a Londres filología y poco más supo de ella. Un 11 de noviembre de 1956, justo el día de su cumpleaños, le comunicó la noticia. No se lo pudo creer. Era un día gris y la lluvia caía con fuerza. Estaban en uno de los soportales de la calle Nuñez de Balboa. Mariano se quedó sin habla, no le había gustado la idea y ahora luchaba en su interior para no mostrar su enfado, pero no podía contenerse. Le dejaban y le dolía. Por su parte, Blanca le explicaba que no era el fin, que le seguiría escribiendo, pero Mariano no quería entender las cosas. Era el mejor de su promoción, jugaba en el Real Madrid de portero y le esperaba un futuro prometedor. No entendía porque le dejaban, ya que ella podía estudiar en Madrid e irse los veranos. El futuro de ambos centraba la conversación.

—Te vas al fin y al cabo. No sé, pero no creo que sea justo.

—Ahora o nunca, Mariano. Tengo la oportunidad de estudiar en una de las universidades más prestigiosas de Londres y si no lo hago ahora me voy a arrepentir el resto de mis días. Estoy enamorada de ti, pero mi futuro me preocupa más en estos momentos.

La rabia se apoderó de él. Le costaba entender las cosas. Quería marcharse, pero no le agradaban las escenas.

—Si es lo que quieres, lo tendré que respetar. No se pueden añadir más cosas. Creo que es hora de que me vaya yendo. Mañana me tengo que despertar muy temprano, ya sabes, las últimas clases y los entrenamientos con el equipo.

—Me voy el miércoles, dentro de dos días. Espero que nos veamos antes. Buenas noches Mariano. Te llamaré.

—Buenas noches.

No respondió a su llamada y tampoco la volvió a ver. Estaba triste y a la vez enfadado consigo mismo.

Pasaron los años y encontró a Marta. Inició una relación duradera, seria y responsable que acabó en matrimonio. Vinieron los éxitos profesionales, la llegada de los niños, pero en su memoria y a pesar de que las cosas le marchaban, el recuerdo de Blanca prevalecía.

Una vez acabadas las gestiones típicas de lunes se fue a pasear al Retiro. Hacía un buen día y por la tarde decidió ir al cine. Le gustaban las películas antiguas y hoy ponían Retorno al Pasado interpretada por Kirk Douglas y Robert Mitchum. A la salida, caminaba por Gran Vía en dirección a Cibeles. Una señora mayor se encontraba viendo un escaparate. Estaba entre los 50 y 60, pero conservaba una buena figura. La mujer se dio la vuelta y sus ojos se cruzaron. Mariano la reconoció al instante; era Blanca, mucho más vieja que en el pasado, pero al fin y al cabo era ella. Esa mirada no la podría olvidar. Ella parecía no recono-



cerle del todo; había pasado mucho tiempo, aunque se paró en seco y se quedaron durante cinco segundos sin hablar de nada. Mariano rompió el silencio.

–Perdone ¿es usted Blanca Martín?

–Sí, pero ¿quién lo pregunta?

–No te acuerdas de mí ¿verdad? Bueno, supongo que no, pero yo soy Mariano, Mariano López.

–Claro que sí. Lo siento, no he caído en la cuenta. Claro que sí, Mariano, claro que me acuerdo de ti y me he seguido acordando con el paso de los años. ¿Cómo estás? Deja que te vea, te mantienes como siempre.

–Me han pasado muchas cosas. Pero dime tú ¿vives en Madrid ahora?

–Sí, Mariano, vivo en Madrid desde hace diez años. Estuve en Londres viviendo y dando clases de inglés en la universidad. Creo que conseguí lo que quería, aunque lo mío me costó. Volví a España porque me

salió un trabajo en la embajada. Mi marido era inglés, pero falleció a consecuencia de un cáncer de pulmón. Fumaba demasiado. Verás, ahora me tengo que ir. Déjame tu teléfono y te llamo mañana.

–Sí, por supuesto. Mi número es éste. En esta tarjeta tienes todos mis datos. Espero tu llamada, creo que nos tenemos que contar muchas cosas.

–Me alegro de verte, Mariano.

Se despidieron y cada uno se fue por su propio camino. El sol brillaba y era un feliz día de primavera. Mariano regresó a su casa. Se preparó la cena y empezó a pensar en Blanca, en su vida y en la posibilidad de que se viesen en los próximos días. Nada ponían en la televisión. Nada en su casa le resultaba novedoso, necesitaba un cambio y ya iba siendo hora de intentarlo.



A la mañana siguiente fue de nuevo al mercado. Se encontraba contento y se lo transmitió a Paco, el pescadero. Éste le felicitó por la victoria de su equipo y le anunció que si seguían en esa línea, serían campeones la próxima jornada. Nunca hablaba excesivamente con Paco de su vida, del pasado o de sus problemas, pero esta vez el pescadero le encontró diferente y decidió preguntarle qué le ocurría.

–Pareces diferente, Mariano ¿todo bien?

–La verdad es que sí. Me encuentro contento, ayer fue un buen día.

–Me alegro de que tus hijos fuesen a verte– afirmó Paco.

–No, no es nada de eso. Verás, me encontré a una persona que no veía hace mucho tiempo y con la cual compartí muchas cosas cuando era joven. Esa es la razón por la cual hoy es un buen día. Es posible que mañana nos volvamos a ver y tengo bastantes esperanzas en que las cosas salgan adelante. Se encuentra en una situación muy similar a la mía, su marido ha fallecido y bueno, no sé, pero algo me dice que hay posibilidades de compartir algo más.

–Es una buena noticia, te encontraba decaído en las últimas semanas. Ya era hora de que me comentases algo agradable. ¿Quieres una merluza para celebrarlo? Están de oferta.

–Te lo agradezco, pero ya tengo la compra hecha. Me voy a casa, que tengo cosas que hacer. Buenas tardes Paco, te veo mañana.

–Suerte Mariano, suerte, entonces.

Blanca le llamó a las tres de la tarde. Mariano estaba fregando y guardando las cosas. Reconoció su voz al instante y se puso muy contento. Quedaron a las siete de la tarde en la calle Serrano, en el barrio que les vio nacer. Ambos se prepararon para la ocasión y ambos fueron puntuales. Pidieron un café con leche y comenzaron a hablar sobre sus vidas pasadas. No hubo tensión y el encuentro estuvo marcado por el tono



afectuoso. A pesar del tiempo transcurrido todavía permanecía el sentimiento. Blanca no había tenido hijos, pero sí tuvo una vida de éxito en Londres; consiguió sus objetivos y gozó de un buen puesto de trabajo en la Universidad de Oxford como profesora de inglés y de castellano. Su trabajo en la Embajada de Inglaterra como administrativa le permitió volver a Madrid, a su ciudad natal. Por su parte, Mariano le hizo saber sus idas y venidas. Su éxito como abogado le permitió llevar algunos de los casos más importantes de la década de los sesenta. Ahora estaba retirado y no ejercía. Vivía de la pensión del Gobierno y de algún dinero que ahorró con el paso de los años, pero de sobra suficiente para él. Hablaron de los hijos, de la familia, de sus vacaciones y vivencias, era como volver a empezar una historia que no había tenido final.

Mariano le propuso que pasase por su casa de Goya. Ella aceptó sin reparos y éste le enseñó las fotografías de Marta y sus hijos. Era tarde y había que volver a casa. Mariano acompañó a Blanca hasta su casa de Nuñez de Balboa. Vivía sola desde hace tiempo, ya que una de sus sobrinas de provincias había acabado la carrera de medicina y había regresado a Navarra. En el mismo soportal que hace muchos años asistió a una ruptura, ahora era el protagonista de un comienzo. El jueves era el cumpleaños de Blanca y Mariano pensó que era una buena ocasión para verse de nuevo.

La soledad de Blanca era igual de dura. Desde la salida de Teresa, su sobrina, se encontraba aburrída y deprimida. Ahora algo del pasado había vuelto y no lo iba a perder. Le quedaba poco de vida. Tenía cáncer desde hacía un año y no le quedaba mucho. No se lo quería confesar a Mariano, era su secreto.

El jueves fue el día de la confesión de su amor. Mariano le ofreció compartir su casa y su soledad y Blanca aceptó con entusiasmo. Una segunda oportunidad es lo que necesitaban. Con el día a día y la convivencia, Mariano se dio cuenta de las debilidades de Blanca y percibió que estaba enferma y que le quedaba poco de vida. Ella seguía sin confesarlo, pero el procuraba en esmerarse, en ofrecer su mejor cara para ayudarla en las labores cotidianas. A los once meses, Blanca tuvo una recaída y tuvo que ser hospitalizada. La enfermedad la estaba venciendo y se adelantaba el final. Fue en esos días cuando decidió confesar el cáncer que la estaba mortificando desde hacía más de veinticuatro meses. La confesión le cogió desprevenido, pero Mariano sabía que no quedaba mucho. A las doce de la noche de un día cualquiera, Blanca dejaba la mano de Mariano para viajar a otro lugar. Al día siguiente, el Real Madrid, su equipo, ganó una nueva liga. ●

JORGE HIERRO
PERIODISTA



MERCADO DE TORRIJOS. MADRID

El Mercado de Torrijos está ubicado en la calle General Díaz Porlier, en pleno corazón del Barrio de Salamanca, en Madrid. El Mercado fue inaugurado en 1932 y debe su nombre a la calle principal de la zona en ese momento, en memoria del General José María Torrijos, batallador en la Guerra de la Independencia y posteriormente fusilado durante el reinado de Fernando VII, por conspirar junto a varios generales que intentaban derrocar al Monarca.

Está considerado como "Centro Comercial de Barrio" y gestionado, mediante concesión administrativa, por la Asociación de Comerciantes del propio Mercado. Tiene una superficie total de 8.800 metros cuadrados, repartidos en dos plantas, con unos 2.200 metros cuadrados de superficie comercial útil y 1.300 metros cuadrados de almacenes.

La oferta comercial del Mercado de Torrijos incluye a 173 puestos, de los que actualmente están abiertos 143, que se distribuyen entre 43 fruterías, 19 carnicerías, 15 pescaderías, 8 pollerías y el resto destinados a otros productos.